

que son inocentes, que don Felipe es un santo, y Rosario un angel, y sus perseguidores unos mónstruos. Seguro es que la reina nada sabe de esto, y si lo sabe y lo consiente, será un mónstruo también, y será preciso ahorcarla con todos sus ministros, como dice el señor Clemente.

En estos incongruentes monólogos entretendía su cerebro, y vió la luz del día sin que sus ojos se hubieran cerrado al sueño un solo instante.

Pero no era la señora Catalina una de esas mujeres que en las ocasiones críticas se contentan con un desmayo y con verter lágrimas.

Era una mujer resuelta, una mujer de acción, por decirlo así.

A la mañana siguiente había formado su plan.

Consistía éste en dirigir una exposición á la reina, y entregársela en propia mano.

Catalina juzgaba como otras muchas personas que la reina debía conocer los abusos que en su nombre se cometían.

Compró un pliego de papel sellado, y pasó la mañana entera escribiendo borradores.

Era de ver su abstracción, entregada á su trabajo mental.

Mas de una vez le dirigió la palabra la nodriza sin obtener contestacion.

Sentada la señora Catalina á la mesa de estudio de don Felipe, con la vista fija en el techo y mordiendo distraida las barbas de la pluma, sudaba la gota gorda.

De cuando en cuando escribía una frase, una línea, un párrafo y volvía á su actitud meditabunda.

Después rompía lo que llevaba escrito y volvía á comenzar.

La nodriza tuvo el buen acuerdo de cuidar de la comida.

De otro modo hubiera ayunado.

Poco antes de la hora de comer creyó la señora Catalina bien completo y redondeado su trabajo, y procedió á consultarlo con la nodriza.

Y con voz campanuda leyó el extraño documento, que decía así:

"Señora doña Isabel II, reina de las Españas...."

Aquí se interrumpió para decir:

—Yo no sé si debe ponerse también, y de sus Indias...

—¿Y eso qué es?—preguntó la consultada.

—Pues... dónde están los indios... Es como si dijéramos las Américas.

—¿Las del Rastro?

—No, mujer, las Américas de la Habana...

Pero no entiendo de eso. Don Felipe sí que lo sabe... Dejémoslo así.

Y prosiguió la lectura.

"Señora, me dirijo á vuestra majestad pidiendo justicia, porque para eso son los reyes.

"Pues el caso es que don Felipe N..., capellán que fué de las monjas... ha sido preso por conspirador, y esto es una atrocidad.

"Y una pobre niña, huérfana, llamada Rosario, á quien don Felipe y yo, su ama y servidora de vuestra majestad, protegemos, ha sido presa también.

"Y aquí hay muchas infamias.

"Es necesario que sepa vuestra majestad que el motivo de todo es que un señorón, don Bonifacio Valdeoro, persigue á la niña, yo sé por qué, y vuestra majestad puede figurárselo.

"Y sabrá vuestra majestad como Rosario está para casarse con un joven, que hoy se encuentra en Francia, porque también le perseguían por revolucionario.

"Y aunque lo sea, no es motivo este para que la muchacha no le quiera.

"Y para que se casaran en París de Francia, iban á salir de Madrid Rosario y don Felipe, cuando fueron presos en la estación.

"Ya antes habían quitado á don Felipe su plaza de capellán de monjas.

"Y todo esto no son más que intrigas de don Bonifacio.

"Como vé claramente vuestra majestad, esto es una picardía y una infamia.

"Y como don Bonifacio tiene mucha mano con las autoridades, entrará en el encierro de la niña ¡y Dios sabe lo que puede suceder!

"Esto es lo que vuestra majestad debe evitar, porque es justo, mandando que don Felipe y la niña sean puestos en libertad, y que se castigue á don Bonifacio y á los que le ayudan, aunque sean ministros.

"Juro que esto es la verdad, que don Felipe es un santo, la niña una mártir, y sus verdugos unos bribones.

"Y vuestra majestad tiene que hacer justicia y castigar á los bribones, porque para eso es reina.

"Y fiada en que vuestra majestad atenderá esta justa reclamación..."

Aquí fué donde se atascó la señora Catalina.

No encontraba el final.

Ella sabía que á la reina se le dice:—A los reales piés de vuestra majestad.

Pero sabía también que las señoras entre sí, en fórmula de cortesía, no se besan los piés, sino la mano.

Y así, después de mucho dudar, concluyó la exposición como si fuera una carta.

Y escribió:

"Fiada en que vuestra majestad atenderá esta justa reclamación, se ofrece á vuestra majestad humilde servidora q. s. m. b... y firmó."

Puesta en limpio en el papel sellado la carta-solicitud, comió la señora Catalina á la ligera, se vistió con toda la elegancia posible y salió á la calle. Era sábado.

El mejor día para ver á la reina, porque acostumbraba á ir todos los sábados á la iglesia de Atocha.

La señora Catalina se dirigió á este punto, con la solicitud en la mano, envuelta cuidadosamente en un pañuelo.

Al subir ó bajar del coche la reina, se la entregaría.

Con esta resolución llegó á la puerta de la iglesia.

Había allí un numeroso grupo de mujeres, desarrapadas la mayor parte, que iban con el mismo propósito, de entregar solicitudes á la reina.

La mayor parte de aquellas solicitudes no tenían otro objeto que pedir una limosna.

La señora Catalina esperó, procurando colocarse en primera fila.

Poco después cuatro batidores anunciaron la llegada de la reina Isabel.

Hemos dicho antes de ahora que Isabel II no se mostraba en público sin gran aparato.

No faltaban nunca los cuatro batidores, la escolta, correos-gabinete, caballerizos, lacayos con grandes pelucas blancas, y cinco ó seis coches para la alta servidumbre de servicio.

En el grupo de mujeres que esperaban se notó un movimiento.

Los batidores llegaron, no á la puerta principal, sino á otra que se abría á la derecha del pórtico, y que daba entrada á un patio.

La reina no entraba nunca en ninguna parte por el mismo sitio que los demás mortales.

Y la comitiva pasó sin apearse á la puerta, como esperaban algunas mujeres.

Otras, que ya lo sabían, entregaron sus papeles á un caballerizo.

La señora Catalina vió pasar el coche de la reina.

Pero no consiguió ver á ésta, por impedírsele el Príncipe de Asturias, que iba á la ventanilla, vestido de sargento.

Aquel niño con un gran ros que le entraba hasta las orejas, era el entusiasmo y la delicia de las sencillas gentes que vivían de las limosnas de la Casa Real.

La comitiva pasó, y la señora Catalina se quedó con su solicitud en la mano.

Desesperada entró en la iglesia, resuelta á llegar hasta la reina para entregarle el papel en propia mano.

Nueva decepcion.

La reina estaba en su tribuna, fuera también del alcance del pueblo.

¿Qué pensaba la señora Catalina? ¿Que no hay más que acercarse á los reyes?

Decidió esperar á la salida.

Y cuando concluyó la Salve y la reina salió en su coche, el ama del cura se abrió paso á viva fuerza entre el grupo de curiosos.

Y llegó á tocar las ruedas del carruaje, y por la ventanilla arrojó el papel.

En aquel momento el caballerizo la echó el caballo encima, derribándola al suelo, y no fué poca fortuna que no la aplastara.

Isabel II, sonriendo, porque la sonrisa nunca faltaba en sus labios, entregó al caballerizo la solicitud de la mujer atropellada.

Y lo vió la señora Catalina, que se había levantado rápidamente.

Y al comprender el poco aprecio que de ella y de su solicitud se hacía, levantó los puños con rabia, amenazando no sabemos si al caballerizo ó á la reina.

Adivinó que nada había conseguido con aquel plan, que ella creía tan bien combinado, y con aquella solicitud que tantos sudores le costó redactar.

Y mohina, y con el cuerpo dolorido por el golpe, regresó á su casa.

Había perdido el tiempo, como lo perdían muchas gentes del mismo modo.

CAPÍTULO XX.

El último recurso.

Tampoco aquella noche consiguió dormir la señora Catalina.

Era preciso combinar otro plan de más seguros resultados.

Y la buena mujer, que no quería abandonar á su suerte al cura y á Rosario, formó un nuevo proyecto.

Resolvió ir á ver personalmente al padre Cirilo.

Fray Cirilo de la Alameda, cardenal arzobispo de Toledo, era tal vez, y sin tal vez, el personaje más influyente en la corte de Isabel II.

El cardenal Cirilo, era un hombre ilustrado, que consiguió elevarse por sus méritos propios.

Relativamente joven, fué cardenal y arzobispo, y muy joven también, á los treinta años, era ya general de la orden de San Francisco.

Realmente si el Cardenal tomaba la defensa del cura, su influencia era de valía, y casi imposible de contrarrestar.

Y la señora Catalina organizaba la série de argumentos que debía exponer, un verdadero discurso para atraer al Cardenal á su partido.

Se decía que al fin y al cabo como arzobispo, tenía obligación de no desamparar á un cura de su archi-diócesis.

¿Encontraría también obstáculos para llegar hasta él?

Era lo más probable.

Pero estaba resuelta á vencerlos.

No, no le sucedería lo que con la reina.

Con el insomnio y el desasosiego, la señora Catalina se levantó al amanecer.

Con febril impaciencia esperó á que avanzara el día, y no eran las nueve de la mañana cuando salió á la calle.

Sin pérdida de momento se dirigió al palacio arzobispal.

El primer obstáculo le salió al paso en la portería.

Y no fué conseguir poco que el portero, después de larga discusión, la permitiera pasar, no á ver al arzobispo, sino á uno de sus familiares.

Era el familiar un hombre entrado en años, bastante obeso, coloradote, uno de esos curas

que parecen dedicar su tiempo, no á la penitencia, sino á cuidarse bien y á comer mejor.

Su rostro, que quería parecer beatífico, resultaba hipócrita.

Recibió á la señora Catalina en un salón ó mejor dicho en un destartalado aposento de altas ventanas, destinado sin duda á oficinas, segun se podía juzgar por las mesas de gusto antiguo, que recordaban las de los covachuelistas unas más anchas de abajo que de arriba, más parecidas, por sus tableros corridos, á cajones, y que aún se ven en los despachos de los curiales.

El familiar del arzobispo no invitó á la mujer á tomar asiento.

No dejó de herir á ésta la descortesía; pero estaba resuelta á pasar por todo para llegar á su objeto, y se tragó las desvergüenzas que ya asomaban á su boca.

—Conque veamos, ¿qué se le ofrece—dijo el cura arrellenándose en el sillón de baqueta, cruzando las manos sobre el abdomen y dando vueltas á los pulgares, mientras fijaba en la mujer sus ojillos redondos que parecían dos agujeritos abiertos con punzón en una masa de carne.

—Es el caso, que quiero ver al arzobispo,—contestó la señora Catalina con su natural desparpajo.

—¡A su eminencia! ¿Y para qué quiere usted ver á su eminencia?

Catalina estuvo á punto de contestar: — Para lo que á usted no le importa.

Pero consiguió dominarse, con la esperanza de atraer á su partido al familiar.

—Mire usted, señor,—dijo.—Pasan muchas infamias en el mundo.

—Así es por desgracia.

—Pero la de ahora es la mayor que se ha conocido desde nuestro padre Adán.

—Explíquese usted.

—Pues ha de saber usía... ¿Tengo que decirle usía, señor?

—Como usted quiera.

—Pues lo apearemos, si le parecé bien, porque no sabré explicarme.

—Es lo mismo.

—Pues, como iba diciendo, yo soy el ama de don Felipe., capellán de monjas, y mi nombre es Catalina.

—¡Hola, hola!—exclamó el familiar, incorporándose en su asiento, y mirando más fijamente á la mujer.

—Y con don Felipe han hecho verdaderas picardías. Ahora está preso.

—Ya lo sé, ya lo sé. Tenemos noticias de ese sacerdote indigno.

¡Sacerdote indigno don Felipe!

¿Cómo pudo la señora Catalina oír esta blasfemia sin arrancar la lengua que la acababa de proferir?

En honor de la verdad sea dicho, no faltó mucho para que así sucediera.

Descompusieronse las facciones de la buena mujer, brillaron sus ojos lanzando rayos, apretó los puños, y tomó una actitud tan amenazadora, que el familiar se aterró.

—¿Quién ha dicho eso?—rugió la señora Catalina.—¿Quién lo ha dicho!

—Calma, calma, que si hay en esto alguna mala interpretación, á tiempo estamos de aclararla.

—Don Felipe es un santo. Yo lo afirmo.

—Pues nadie más que usted puede aclarar ciertos hechos que se le imputan, y á los que se debió que fuera expulsado de su destino.

—Esa fué la primera picardía.

—Mida usted sus palabras, buena mujer.

—Que no se insulte á don Felipe en mi presencia. No se lo consentiría, no digo yo al arzobispo, ni aun al Papa.

—El calor con que toma usted la defensa de ese desventurado, más le perjudica que le favorece.

—¿Por qué?

—Porque confirma las sospechas y los rumores que han llegado hasta nosotros.

—¿Pero qué rumores son esos?

—Sépalolo usted de una vez. Se dice que don Felipe tiene una hija.

—¡Qué atrocidad! ¡Que Rosario, es hija de don Felipe!

—No, no se trata de Rosario, de esa muchacha casquivana que escandalizó á los fieles en el momento de ir á profesar. No hemos olvidado aquel lance. Me refiero á una niña de pocos meses, que don Felipe tiene en su casa, con gran escándalo de la mucha gente que lo sabe.

—¿Y se cree que esa niña es hija de don Felipe? ¡Pobre viejo!

Y la señora Catalina encontró la sospecha tan ridícula, que no pudo contener una sonora carcajada.

El familiar camenzaba á desconcertarse.

—Sí,—prosiguió,—se sabe que don Felipe ha querido fingir que ha recogido á la criatura; pero esto no engaña á nadie. Aun siendo verdad, un sacerdote debe guardar mucho las apariencias, para que en su reputación no se cebe la calumnia, y no se tiene una ama fresca y guapetona...

—¿Lo dice usted por mí, señor?

—Por usted lo digo.

—Muchas gracias.

—Y no tiene un ama así,—continuó el familiar,—y se vive con ella en la mayor intimidad, para venir luego á decirnos que una criatura recién nacida se ha recogido en la calle.

La señora Catalina que hasta aquel momento no había visto claro por donde iban las sospechas, enrojació, llegando á tomar su rostro el color de la escarlata.

La creían manceba de don Felipe.

La idea era tan monstruosa, el golpe fué tan rudo, que la pobre mujer sintió que el corazón se le oprimía con retorcimientos dolorosos.

Y por un momento la afición se sobrepuso á la indignación.

Y exclamó, cubriéndose el rostro con las manos:

—¡María Santísima!

Después levantó la frente con orgullo.

La luz de una idea acababa de iluminar su cerebro.

Tal vez de aquella situación vergonzosa pudiera sacar partido.

• Convenía tener serenidad, y no descomponerse.

—Muy bien,—dijo midiendo sus palabras.— Cuando la calumnia pretende deshonorarme, me será permitida la defensa.

—Sin duda.

—Y si yo pongo á disposición de usted y del señor arzobispo medios fáciles para que averigüen la verdad, ¿me será devuelta mi honra?

—Naturalmente.

—Y para resarcirnos de los daños que nos causó la calumnia, ¿se nos hará justicia?

—Sí.

—Pues hágame el favor de escuchar la historia.

El familiar volvió á arrellanarse en el sillón, como armándose de paciencia.

Vagaba en sus lábios una sonrisa de incredulidad.

Claramente se adivinaba que no iba á dar crédito á lo que oyera.

La señora Catalina no se desanimó.

Y punto por punto refirió la historia que ya conocen nuestros lectores.

Cuando la buena mujer terminó su relato, el familiar dijo:

—Es verdad, que todo eso más que una historia parece una novela.

—Pero muy exacta.

—¿Y las pruebas?

—Son fáciles de adquirir.

—¿Cómo?

—Interrogando á las vecinas de la calle de

Pelayo, y al memorialista, y al padre de la niña, que se llama Feliciano, y está en el presidio de Alcalá de Henares. De las infamias de don Bonifacio, puede dar detalles el tío de Rosario, don Gaspar... que también está en presidio.

—Buena gente, buena gente.

—Muy honrada, señor.

—Sí, me hago cargo.

—Yo doy los medios de que se ponga en claro la verdad.

—Está bien, se hará lo que se pueda, y en tanto, suspenderemos todo juicio. Puede usted retirarse.

—¡Cómo, señor! Yo necesito decir todo esto...

—¿A su eminencia?

—Sí.

—Es imposible. Su eminencia está mal dispuesto en este asunto, y se negará á recibirla.

—Pero usted...

—Ya se lo he dicho... Yo haré lo que pueda. Vuelva por aquí dentro de una semana.

—Pero todo ese tiempo estarán presos don Felipe y Rosario, y la justicia puede llegar tarde, cuando no haya para la joven reparación posible.

—No creo en ese peligro, y si existe, de él se hubiera librado con no salir del convento.

—Pero, señor...

—En cuanto á don Felipe, que se ha metido á revolucionario, si es inocente, quedará en libertad. De otro modo, el castigo será severo, porque su eminencia está indignado.

Inútilmente insistió la señora Catalina.

No pudo recabar más que estas promesas vagas.

Y tuvo que retirarse sin ver al cardenal arzobispo.

Llevaba el desconsuelo en el alma:

En todas las clases, en todas las esferas veía la arbitrariedad y la injusticia.

Y lo que era peor, su honra estaba hecha pedazos, por una calumnia monstruosa.

Sus desvelos por don Felipe y la caridad de éste habían sido su perdición.

Y así el mundo que tolera y aún agasaja á los infames, hace objeto de ludibrio á las gentes honradas, achacando á móviles mezquinos ó buscando explicaciones ruines á los heroísmos de la caridad.

La señora Catalina, lamentando esto, más que su propia deshonra sentía la nota de inmoralidad que arrojaban sobre don Felipe.

Sentía más el daño ajeno que el propio.

Y era que dentro de aquella corteza un tanto ruda de la señora Catalina, se encerraba un

alma noble, siempre dispuesta á la abnegación
y al sacrificio.

No quería darse por vencida. •

¿Pero qué podía hacer?

Había agotado el último recurso.

algun noble siempre dispuesto a la abnegación
y al sacrificio.

No queris dars por venida.
Pero que podis hacer?
Habia agotado el último recurso.

CAPÍTULO XXI.

Desesperación y sorpresa.

Grande era la aflicción de la señora Catalina al día siguiente de su conferencia con el familiar del arzobispo.

¿Qué sería de don Felipe? ¿Qué sería de Rosario? ¿Cómo se resolvería la situación?

¿Podría el pobre viejo resistir las privaciones y amarguras á que tan injustamente se veía condenado?

Y la desdichada joven en su calabozo, ¿no llegaría á ser víctima del infame libertino?

Todo esto era horrible.

Posible era que al fin todo se pusiera en claro. En este punto la señora Catalina quería alimentar esperanzas; pero se decía que si la hora de la justicia llegaba tarde, era como si no

llegara, porque la honra, lo mismo que la vida, no se pierde más que una vez.

Y si la infeliz Rosario salía mancillada de su prisión, ¿qué adelantaría con el castigo del culpable, condenada ya á la desventura?

Porque no era posible que Rosario mancillada se presentara á Rafael.

Iría á ocultar sus lágrimas en la soledad del claustro. No podía hacer otra cosa.

Su felicidad sería imposible.

En todo esto pensaba la buena mujer, y más y más se afligía y se exhaltaba y se desesperaba, maldiciendo y renegando de todos los poderes de la tierra.

Aquel día no salió de su casa.

Contemplaba y acariciaba á Milagritos y pensaba con dolor que aquella inocente niña les había traído la desgracia.

Pero lejos de sentir aversión por ella, sentía mayor ternura.

—Creen que es mi hija,—murmuraba.— ¡Como si lo fuera, porque no tiene otra madre!

Pero como la buena señora necesitaba desahogar con alguien su mal humor, algo tuvo que sufrir la nodriza en punto á reprensiones.

Y pasó aquel día sin otra novedad.

Al día siguiente ya no pudo la señora Catalina permanecer en la inacción.

Y salió de su casa muy temprano, con la esperanza de que la permitieran ver á los presos.

Y tampoco lo consiguió.

Sin desanimarse, quiso poner en juego un nuevo plan, que consistía en ver al jefe de Orden público, y al gobernador, y á los ministros, y referir la historia á todo el mundo.

Podía suceder que alguno de aquellos señores tuviera conciencia y se interesara en el asunto.

Porque era horrible aquello de que una pobre muchacha, tan linda como virtuosa, se viera expuesta á ser víctima de un atropello brutal.

Y era escandaloso que las autoridades se dejaran sorprender y fueran cómplices de un crimen.

—Seguramente,—pensaba la señora Catalina,—ni el gobernador, ni los ministros, ni los jueces saben la verdad, porque los engaña don Bonifacio... Yo le arrancaré la careta. Yo haré que todo el mundo le conozca.

Y con este propósito, la buena mujer emprendió su peregrinación del Ministerio al Gobierno Civil, del Gobierno á los juzgados.

Y no consiguió ver ni á un ministro, ni á un juez, ni al gobernador, ni á nadie.

No habló más que con los porteros.

Y adquirió la convicción de que jueces, gobernadores y ministros eran unos bribones.

Y volvió á su casa, sofocada por el calor, rendida con tanto correr, indignada y furiosa por la ineficacia de sus gestiones.

Llevaba un humor de dos mil demonios, que pensaba desahogar con la nodriza.

¡Pero cuál sería su sorpresa cuando al llamar á su casa, abrió la puerta la mismísima Rosario!

Rosario en persona. No era un sueño.

—¡Ave María Purísima!—exclamó la buena mujer.

Y abrió los brazos, y estrechó á la joven, y apretó con fuerza, y en poco estuvo que la asfixiara.

Rosario sufrió el achuchón con paciencia, y por no asustar á la señora Catalina, ahogó el ¡ay! de dolor que iba á salir de su pecho.

La presencia de don Felipe salvó á la niña de aquel violento abrazo que estuvo á punto de ahogarla.

Don Felipe estaba allí.

La señora Catalina, medio loca de júbilo, soltó á Rosario, para correr hacia el viejo.

Y faltando á todas las conveniencias, le abrazó también.

Don Felipe se dejó abrazar, sonriendo bené-

volamente, y con sus brazos quiso rodear la cintura del ama.

Aquella cintura tenía demasiada circunferencia para que pudieran abarcarla los brazos de don Felipe.

En los primeros momentos hubo gritos, exclamaciones de alegría, incoherentes preguntas que no esperaban la contestación.

Por fin, serenos los ánimos, vinieron las explicaciones.



CAPÍTULO XXII.

Cómo se hizo el milagro.

Sentados en la salita, el ama del cura no se cansaba de estrechar entre sus manos blancas, pero robustas y musculosas, las manos diminutas de Rosario, y lo hacía con tanta fuerza, que los dedos finos de la niña estaban ya casi triturados.

Sufría Rosario sin quejarse aquellas dolorosas caricias, y fué la primera en dar explicaciones.

Mejor debiéramos decir que no dió ninguna, porque no se explicaba lo sucedido.

Dijo solo que la llevaron á la cárcel; refirió sus zozobras y temores en las horribles horas de su encierro; añadió que nadie entró en su calabozo más que una mujer que la llevaba el rancho, y que, por último, fué conducida á la alcai-

día, y creyendo que la iban á tomar declaración, quedó sorprendida al encontrar allí á don Felipe con otro sacerdote.

Y en el acto fué puesta en libertad, siendo tratada con el mayor respeto.

Todo esto, en verdad, resultaba incomprendible.

Le llegó al cura la vez, y estaba no menos confundido que la niña.

Después de referir los terrores que le acongojaron en las primeras horas de su prisión, dijo que entró en su encierro un familiar del señor arzobispo.

Le hizo muchas preguntas, muy especialmente acerca del nacimiento de Milagritos.

Y también acerca de Rosario, de su entrada en el convento, de la causa á que obedeció su salida, y sobre todo de las razones que hubiera para desconfiar de don Bonifacio.

Don Felipe añadió que había contestado la verdad á todas las preguntas, y que con esto se alejó el familiar y él volvió á quedar encerrado.

Pero á las pocas horas presentóse de nuevo, diciéndole que estaba en libertad, y que era preciso ir sin pérdida de momento en busca de Rosario, de cuyo auto de libertad era portador también.

Después le ofreció un buen destino en Madrid.

No sabía más.

—¿Ha aceptado usted el destino?—preguntó el ama.

—Por el momento no, porque he creído oportuno emprender de nuevo nuestro viaje á París. Pero se me dará á mi regreso.

—Perfectamente.

La señora Catalina explicó entonces su entrevista con el familiar del P. Cirilo.

A esto se debía, sin duda, la satisfactoria solución del asunto.

Y así fué.

El cardenal Cirilo, menos incrédulo que su familiar, ó más celoso de los fueros de la Iglesia, en su deseo de terminar aquel escándalo que se dió con la prisión de un cura, que estaba sirviendo de ludibrio á la policía, se apresuró á poner en claro lo que en aquel asunto hubiera, haciendo que sacerdotes de su confianza tomaran los informes necesarios.

Los antecedentes dados por la señora Catalina debían guiarles en sus investigaciones.

La verdad quedó demostrada con poco esfuerzo.

Ya hemos dicho que la influencia del padre Cirilo era incontrastable.

Al mismo general O'Donnell le obligó un día á ir con un cirio en la mano en la procesión de San Pascual.

Quedaron, pues, eclipsadas por el momento las influencias y las intrigas de don Bonifacio, como la luz de una estrella errante se eclipsa ante los fulgores de un astro de primera magnitud.

El P. Cirilo era hombre enérgico.

En momentos dados imponía su voluntad, y la corte no tenía más remedio que sucumbir.

En esta ocasión el Cardenal arzobispo de Toledo puso en un brete al gobierno.

¡Cómo! ¡Era la policía, eran las autoridades cómplices de un libertino!

¡Cómo! ¡Se atropellaba á un sacerdote virtuoso, y se le llevaba á la carcel sin contar con la autoridad eclesiástica!

Cierto que el mismo Cardenal fué engañado, y con su conocimiento, y aún acaso por su orden, fué don Felipe destituido de su plaza de capellán de monjas.

Pero asuntos eran estos en los que nada tenía que ver la autoridad civil.

Lo que el Cardenal no consentía era el atropello cometido en la persona de un cura, y el grave escándalo que redundaba en desprestigio de la Iglesia.

La única manera para las autoridades de resolver el conflicto era ceder á las exigencias del Cardenal.

Aquellos gobiernos, que se creían invencibles, que osaban desafiar á la nación entera, eran dóciles ó mejor dicho débiles ante la autoridad eclesiástica.

Y por esta vez las debilidades del gobierno aprovecharon á nuestros amigos.

El P. Cirilo obtuvo en el acto las órdenes para poner en libertad al cura y á su protegida.

Y por las buenas amistades de don Bonifacio, no se procedió contra él.

Convenía echar tierra al asunto, como vulgarmente se dice.

Don Bonifacio continuaba en el lecho, á consecuencia del soberbio garrotazo que le propinó Alfonso.

Un amigo oficioso le enteró aquel mismo día de lo sucedido, y no hay qué decir si se enfurecería el miserable.

Pero no podía luchar, no podía oponerse al omnímodo poder del Cardenal arzobispo de Toledo.

Es más: pensaba, cuando se restableciera, ir á pedirle perdón, á congratularse con él, sin perjuicio de insistir del modo que pudiera en su persecución contra Rosario.

Por el momento los perseguidos triunfaban. Contaban, gracias á las gestiones de la señora Catalina, con un protector poderoso.

Podían emprender el viaje sin obstáculo y sin peligro.

Hubieran querido interesarse por el señor Clemente.

Pero esto era imposible.

El señor Clemente, demasiado conocido como revolucionario y como hombre de acción, era la presa que el Gobierno se reservaba.

Y era inútil pensar que el Cardenal arzobispo hablara en su favor.

Después de las explicaciones de la señora Catalina, de don Felipe y Rosario, quedó acordado el viaje.

No debían detenerse en Madrid más que el tiempo necesario para recuperar algunas fuerzas.

Irían los tres, dejando á la nodriza y la niña en casa de las vecinas de la calle de Pelayo.

CAPÍTULO XXIII.

De Madrid á París.

Dos días después, Rosario, don Felipe y la señora Catalina, se dispusieron á emprender la marcha.

Nueva despedida, y lágrimas y sollozos, al separarse de Milagritos.

Rafael no podía volver á España, y era urgente para evitar contingencias en el porvenir, que se casaran los jóvenes.

Rosario, pues, debía ir á París.

Éra preciso realizar el primitivo proyecto del cura.

En París se casarían sin pérdida de tiempo Rafael y Rosario, aprovechando la circunstancia favorable que se presentaba por el momento.

Y según don Felipe, este proyecto ofrecía la ventaja de que una vez casado Rafael, desistiría de sus aventuras revolucionarias.

Encontrábanse, pues, instalados en un coche de primera del tren del Norte, el ama, el viejo y la niña, y sin cambiar una palabra, miraban al andén con cierto temor.

Acaso recordaban que allí mismo fueron presos, y en cuanto gente se acercaba al tren creían ver otros tantos polizontes.

Con tanta impaciencia como zozobra, esperaban que el tren se pusiera en movimiento.

La campana de la estación dió el primer toque.

Después el segundo y el tercero.

La máquina estaba enganchada y se oía el sordo rumor de su caldera.

Parece en estos momentos que el vapor comprimido quiere buscar salida, y ruge sordamente de impaciencia y de rabia.

Se oyó por último el timbre del telégrafo, anunciando la salida, el estruendoso ruido que producen las portezuelas al ser cerradas violentamente, y las voces de los empleados que gritaban.

—¡Viajeros al tren!

La locomotora lanzó un silbido agudo, estridente y prolongado. Después, al despedir vapor, parecía que el monstruo respiraba.

Chocaron los topes, el tren se estremeció; diríase que trepidaba la tierra.

La pesada mole se puso en marcha, lentamente primero, en vertiginosa carrera después.

—¡Por fin!—exclamó don Felipe, respirando ruidosamente, como si hasta aquel momento hubiera conservado el pecho oprimido.

—¡Ya!—exclamó al mismo tiempo Rosario, batiendo palmas con alegría infantil.

Iban los tres solos en el coche.

Y como tres colegiales, libres de las miradas del maestro, se asomaron á las ventanillas.

Un viaje siempre es motivo de emociones aun para las personas acostumbradas.

¡Qué de novedades no había de presentar para aquel pobre viejo, tantos años metido en la sacristía del convento, y para aquella inocente niña cuyas excursiones no habían pasado de Aranjuez. ¡Ahí era nada un viaje á París!

El viejo estaba entusiasmado.

Pensaba en los boulevares, en los puentes sobre el Sena, en las torres de Nuestra Señora, en la grandiosidad de aquel París que tanto había oído ponderar.

Rosario no se acordaba de nada de esto.

No pensaba más que en Rafael.

Para una joven enamorada el mundo entero se encierra en el objeto de su amor.

Creía Rosario que encontrarían á Rafael en París en casa del duque de N.

Si no habían tenido carta, debía ser debido á que se interceptaba la correspondencia.

Y no le faltaba razón al pensar así.

Por eso ignoraban que no habían de encontrar en París á Rafael.

El propósito de don Felipe, su ama y Rosario era bien sencillo.

Consistía en llegar á París, tomar un coche, dando al auriga las señas de casa del duque, que llevaban escritas en un papel, y ya estaban resueltos todos los problemas.

Ya sabemos que esto no había de realizarse.

Y aún se habían de presentar muchas complicaciones.

Nuestros viajeros contemplaban desde la estación del Escorial las soberbias torres y el magnífico cimborrio del Monasterio, y puede decirse que despertaron á la realidad entonces, y cambiaron algunas frases, para admirar la grandeza del edificio, y para comunicarse sus ilusiones.

El tren siguió su marcha.

Don Felipe, cada vez más alegre y risueño, recobró su locuacidad, y ya en vez de ensimismarse en sus pensamientos, se consagró á hablar, haciendo largas disertaciones históricas acerca de los puntos que recorrían.

En Avila habló de Santa Teresa de Jesús,

en Búrgos de la jura en Santa Gadea, en Vitoria de la derrota del rey José...

No hay qué decir que Rosario, aunque se sonreía, no le escuchaba.

El ser entero de la joven se absorbía en una sola idea: en que iba á reunirse con Rafael.

¡Terrible desengaño le esperaba!

Cuando el anciano sacerdote, la buena mujer y la encantadora niña bajaban del tren para tomar algún alimento en las fondas de la estación, eran objeto de toda clase de atenciones.

Hay que advertir, y dicho sea con vergüenza, que á medida que nos alejamos del centro de España, las atenciones para el viajero aumentan.

¿Quereis un detalle?

En el centro de España se dice con brusquedad, con una especie de ladrido:

—Viajeros, al tren.

Y á veces sólo:—¡Al tren!

Ya en el Norte se dice con acento más respetuoso:

—Señores viajeros, al tren.

Y en Francia:

—Señores viajeros, al tren, si gustan (s'il vous plait.)

Nuestros amigos atravesaron la frontera sin novedad.

Iban acercándose á París.

Don Felipe admiraba los fértiles prados, los hermosos puentes, las magníficas calzadas, y no podía menos de lamentar que en nuestra patria los Gobiernos atendieran tan poco á las mejoras materiales por dar tanta importancia á sostener un pasado imposible.

El anciano sacerdote, sin saberlo ni pensarlo, es más sin sospecharlo siquiera, se iba dejando arrastrar por el dogma del progreso, que es luz, que es cultura, que es mejoramiento social.

Y se decía que esta es la misión del hombre sobre la tierra.

En cuanto á Rosario, no hay para qué repetirlo, en Francia, lo mismo que en España, no veía más que á Rafael.

Y si Francia le parecía hermosa, no era más sino porque Rafael debía estar allí.

Pero ¡ay! cuando llegaron á París, cuando en un coche recorrieron los *boulevards* para dirigirse á casa del duque, sintiéndose aturridos por aquel vertiginoso movimiento, por aquella exuberante vida de la moderna Babilonia; cuando el duque de N... los recibió en su casa, y después de abrazarlos con efusión les dijo que nada sabía de Rafael, entonces se acabó la luz y la belleza, porque se acabaron las ilusiones.

A Rosario le pareció que el mundo se envolvía en tinieblas.

Y la pobre niña rompió á llorar.

Juzgó que Rafael había sido preso nuevamente antes de salir de España.

Y podía estar en presidio.

Acaso en Fernando Póo.

¡Y quién sabe si muerto!

A don Felipe le pareció también que todo concluía.

¿Qué le importaban ya todas las grandezas de París?

La señora Catalina se enfureció.

El duque se esforzó en consolar á sus amigos, procurando infundirles esperanzas.

Pero no era posible consolar la aflicción de Rosario.

¡Es tan triste llegar al desencanto cuando son más risueñas las ilusiones!

Pero dejemos á Rosario en París llorando su desconsuelo, y veamos cómo se resolvió la situación en España.

A Rosario le pareció que el mundo se envolvía
 en tinieblas.
 Y la pobre niña rompió á llorar.
 Luego que Rafael había sido preso nueva-
 mente antes de salir de España.
 Y podía estar en presidio.
 Acaso en Fernando Pó.
 ¡Y quién sabe si murió!

A don Felipe le pareció también que todo
 concluyó.
 Que le importaban ya todas las grandezas
 de París.

La señora Catalina se enteró.
 El duque se esforzó en consolar á sus amigos,
 procurando infundirles esperanzas.
 Pero no era posible consolar la aflicción de
 Rosario.

Las lágrimas llegaron al desahucio cuando
 son más raras las lágrimas.
 Pero dejemos á Rosario en París llorando su
 desconsuelo, y veamos cómo se resolvió la situa-
 ción en España.

CAPÍTULO XXIV.

Llinás de Marcuello.

Dejamos á Rafael y don Francisco y á las fuerzas sublevadas esperando el momento del ataque, cuando la rosada aurora rompía las brumas de la noche y doraba con sus espléndidos rayos las cimas del Pirineo.

El general Pierrad sabía, por confidencias de la gente del país, que el general Manso de Zúñiga se encontraba muy cerca.

El choque debía ocurrir aquel mismo día.

Pierrad recorrió la línea.

Distribuyó de nuevo su gente para defender los puntos más comprometidos, tomó, en fin, las disposiciones de un buen general en jefe que va á presentar batalla.

Harto sabía Pierrad que en aquella empresa se jugaba la vida.

Si le tocaba perder, si por un azar de la suerte caía prisionero, sería fusilado.

Lo hubiera hecho O'Donnell el 22 de Junio.

Con mayor razón lo haría Narvaez, presidente entonces del Consejo de ministros.

Formaba el camino por donde los enemigos debían acercarse un repecho y un recodo.

A la derecha de este camino, y en un plano más alto, estaban las posiciones ocupadas por el general Pierrad.

Con las armas prevenidas esperaban los revolucionarios.

Seguía reinando el silencio que precede á las batallas.

El camino se veía desierto hasta donde alcanzaba la vista.

Rafael, que no podía dominar su impaciencia, quería salir á practicar un reconocimiento.

El general no se lo consintió.

Por fin, allá á lo léjos, se divisó una nube de polvo.

Poco á poco iba acercándose aquella nube.

Dos ejércitos que avanzan pueden compararse con dos nubes que vuelan en el espacio, en direcciones opuestas para converger al mismo punto.

Al aproximarse estalla la electricidad y brota el rayo.

Pero en el momento que describimos una de las nubes permanecía inmóvil.

No importa. Estaba cargada de electricidad y á la aproximación de la otra nube estallaríala tormenta.

Ya en el camino se divisaban perfectamente los uniformes y las armas de la tropa, y hasta los bordados del Estado Mayor que acompañaba al general.

Este, Manso de Zúñiga, venía á la cabeza de sus soldados.

Y se acercaba á las posiciones de Pierrad con una osadía asombrosa, preciso es confesarlo, y sin tomar ninguna disposición para un ataque extratético.

¿Qué podía aquello significar?

¿Era que Manso de Zúñiga no había visto á sus enemigos?

No. Era que no creía en su resistencia, que se juzgaba con bastante fuerza moral para tenerlos á raya sin librar combate.

Manso de Zúñiga había dividido sus fuerzas, enviando algunos batallones por distintos caminos para ocupar la comarca sublevada.

Y él avanzó sobre Llinás de Marcuello con un batallón de cazadores y alguna fuerza de caballería.

Al llegar cerca de las posiciones que ocupa-

ban los revolucionarios, se adelantó á su escolta.

En aquel momento se cambiaron algunos tiros.

Manso de Zúñiga extendió el brazo derecho y comenzó á arengar á los sublevados, con el propósito de reducirlos á la obediencia.

Sus palabras podían hacer efecto, y entonces, la situación de los jefes, que eran los más comprometidos, sería grave.

En las filas de los revolucionarios se oyó una voz enérgica y poderosa que gritó:

—¡Fuego!

Y el que dió esta orden avanzó resueltamente, armado con un fusil.

Era don Francisco.

Y sin dudar un instante, se echó el fusil á la cara, apretó el gatillo, y una descarga siguió á su disparo.

El general Manso de Zúñiga cayó.

Esta 'a muerto.

No hemos de juzgar su conducta como general.

Como hombre, como soldado, fué un valiente.

Debemos hacerle esta justicia.

Tal vez fió demasiado en su prestigio.

La escena que se siguió no es fácil de describir.

El general Manso de Zúñiga llevaba á sus órdenes á su hijo, que no recordamos si era teniente ó capitán.

Y el hijo corrió presuroso á recoger á su padre.

Y el batallón de cazadores vaciló un momento.

Aquel solo hecho podía decidir la victoria á favor de los revolucionarios.

Comprendiéndolo don Francisco, gritó con todas sus fuerzas:

—¡Viva el general Prim! ¡Viva la revolución!

Pero otro hecho, análogo á la muerte del general, vino á sembrar el pánico entre las fuerzas sublevadas.

Un sargento de cazadores, de los que acudieron á recoger á Manso de Zúñiga apuntó rápidamente á don Francisco.

Disparó.

Y el teniente de carabineros repitió con voz ahogada:

—¡Viva Prim!

Y calló sin vida.

Fué este un golpe fatal para los carabineros.

Muchos de ellos, al ver muerto á su caudillo pensaron en la retirada.

El fuego por una y otra parte duró muy poco.

Los jefes de las respectivas fuerzas compren-

dieron que era muy difícil levantar el espíritu de los combatientes.

Solo algunos entusiastas continuaron un combate imposible.

¿Cómo terminó?

Es imposible comprenderlo.

¿Cómo y por qué el general Pierrad abandonó las posiciones ventajosas que ocupaba?

Porque vió muy decaído el espíritu de su gente.

Por su parte, los cazadores no pensaron en avanzar.

Contentáronse con algunos prisioneros que habían conseguido hacer.

Los revolucionarios se llevaron también soldados prisioneros.

Y así terminó el combate; retirándose unos y otros.

Fué aquel un juego, por decirlo así, que vino á quedar en tablas.

Y esta es la verdad del hecho.

Parecía lógico que las fuerzas del Gobierno que se replegaron sobre Llinás, esperaran refuerzos para continuar las operaciones.

Y era lógico también que los revolucionarios, que contaban ya con fuerzas respetables, se reorganizaran, ya para tomar la ofensiva, ya la defensiva nuevamente. Pero no sucedió así.

Desmoralizadas las fuerzas de carabineros, único núcleo con que se contaba para la unidad de acción y de disciplina, era ya imposible toda resistencia y toda organización.

Y los carabineros desmayaron por la muerte de don Francisco.

Pierrad comprendió que continuando la lucha se exponía á un desastre.

Y mandando poner en libertad á los prisioneros, ganó la frontera.

Y aquella insurrección que parecía tan formidable, terminó de repente, y de una manera inesperada.

Tal fué la acción de Llinás de Marcuello.

Y debemos advertir que la muerte del teniente de carabineros don Francisco A..., alma de aquella insurrección, es un episodio perfectamente histórico.

De la muerte de Manso de Zúñiga nada tenemos que decir porque es un episodio bien conocido. Aunque después de la acción de Llinás de Marcuello quedáran pequeñas partidas, puede asegurarse que el levantamiento revolucionario de 1867 terminó allí.

Fué, como el del 22 de Junio de 1866, más que una revolución, un síntoma.

Eran aquellos movimientos las primeras trepidaciones del terremoto que amenazaba.

Desmoralizaba las fuerzas de carabineros, único núcleo con que se contaba para la unidad de acción y de disciplina, era ya imposible toda resistencia y toda organización.

Y los carabineros desmayaron por la muerte de don Francisco.

Pierrat comprendió que continuando la lucha se exponía a un desastre.

Y tratando poner en libertad a los prisioneros, ganó la frontera.

Y aquella insurrección que parecía tan formidable, terminó de repente, y de una manera inesperada.

Tal fue la acción de línea de Martorell.

Y debemos advertir que la muerte del jefe de carabineros don Francisco A... almas de aquella insurrección, es un episodio perfectamente histórico.

De la muerte de Manó de Núñez nada sabemos que decir porque es un episodio bien conocido. Aunque después de la acción de línea de Martorell, quedaban todavía partidas, pudo asegurarse que el levantamiento revolucionario de 1807 terminó allí.

Fue como el del 22 de Junio de 1800, más que una revolución, un síncope.

Tan aquellos movimientos las primeras publicaciones del término que atenuaba.

CAPÍTULO XXV.

De la frontera á Madrid.

Veamos ahora lo que hizo Rafael.

Desde el primer momento quiso lanzarse sobre las fuerzas enemigas, conteniéndole á duras penas su amigo Alfonso.

Cuando el general Manso de Zúñiga comenzó su arenga, y Rafael vió que dudaban los carabineros, procuró reanimar su espíritu, y por eso no estuvo al lado del teniente cuando este avanzó.

Ya roto el fuego, se colocó en primera fila.

Y con verdadera desesperación vió cómo unos y otros flaqueaban.

Alfonso, que se acercó á él, le dió cuenta de la muerte de don Francisco.

Y Rafael, ciego de ira, sin ser dueño de sí,

pretendió lanzarse en busca de los enemigos para pelear cuerpo á cuerpo.

Alfonso le detuvo, asiéndole de un brazo con todas sus fuerzas.

—¡Estás loco!—gritó.—Esto no tiene remedio. Ni vencidos ni vencedores. ¿Vas á buscar la muerte? ¿Por qué y para qué?

—Para morir con honra.

—No puedes morir. Rosario te llama.

Rafael se estremeció.

El nombre de Rosario le hizo volver en sí.

—Es verdad, es verdad,—dijo.—Vamos.

—¿A donde?

—A Madrid.

—¡Cuando digo que estás loco! ¿Quieres atravesar por las líneas enemigas, abriéndote paso á cintarazos, como un caballero andante?

—No, no es posible.

—Las armas de fuego no permiten hoy esas proezas.

—Lo sé.

—Para ir á Madrid por el camino de Huesca y Zaragoza, hemos de sortear á las fuerzas enemigas.

—No hay otro remedio.

—Sí, lo hay.

—Explicáte.

—Internémonos en Francia.

—¿Qué haremos allí?

—Nada. Llegaremos hasta Bayona y entraremos en España por la línea del Norte.

—Y en viaje directo á Madrid.

—Eso es.

—Vamos.

Había comenzado la dispersión en una y otra línea.

Y ya Rafael no se cuidó de la batalla ni de los prisioneros.

Lamentaba el trágico fin de su amigo don Francisco, y recordó sus frases de la noche anterior:

—Nadie sabe la víspera de una batalla si es la víspera de su muerte.

Don Francisco murió por su lealtad al general Prim.

Y Rafael se propuso cumplir su encargo cuando se le presentara ocasión.

Ya nada tenía que hacer allí.

Era imposible reanimar el espíritu de los carabineros, aterrados con la muerte de su jefe.

No había manera de continuar la lucha.

Rafael y Alfonso se despidieron de los dos mozos que con éste vinieron desde Zaragoza, y que se proponían permanecer ocultos en la comarca hasta que pudieran regresar al punto de partida.

Y nuestros dos amigos se internaron en Francia. Los dos tenían dinero, del que les facilitó en Madrid el administrador del duque, y como el dinero todo lo allana, hicieron rápidamente su viaje á Bayona.

Y sin detenerse un día tomaron el tren que debía conducirlos á Hendaya, y en Hendaya trasbordaron al de Madrid.

Ya en España, bajaron en las estaciones lo menos posible.

A no ser por esto, en uno de los cruces podían haber encontrado en el andén á don Felipe, Rosario y la señora Catalina.

La fatalidad lo dispuso de otro modo.

Y mientras Rafael se dirigía á España en busca de Rosario, Rosario se dirigía á Francia en busca de Rafael.

¡Sarcasmos de la suerte!

Sin el menor tropiezo llegaron á Madrid á la mañana siguiente.

Grande era el atrevimiento de Rafael al presentarse en Madrid, donde era segura su perdición si la policía llegaba á tener noticia de su llegada.

Pero no podía cruzarse de brazos.

No podía permanecer en la inacción.

En primer término se dirigieron Rafael y Alfonso á casa de éste.

Grande fué la sorpresa y la alegría de la madre de Alfonso al abrazar á su hijo.

Pero deshecha en lágrimas le dió una noticia desconsoladora.

Nada se sabía de su padre.

Nada tampoco de don Felipe ni de Rosario.

Una y otra vez había estado en la carcel, y nunca le consintieron ver á los presos.

La situación, pues, no podía ser más desesperada para nuestros amigos.

Ya estaba Rafael en Madrid.

En este punto había realizado sus deseos.

Pero más que nunca tenía obstáculos que vencer y peligros que arrostrar.

Diabla fue la sorpresa y la alegría de la
madre de Alfonso al abrazar á su hijo.
Esto de hecho en la cárcel le dio una no-
ta de consuelo.
Nada se sabía de su padre.
Nada tampoco de don Felipe ni de Rosario.
Una y otra vez había estado en la cárcel, y
nunca le consiguieron ver á los presos.
La situación, pues, no podía ser más desas-
trada para nuestros amigos.
Ya estaba Rafael en Madrid.
En este punto había realizado sus deseos.
Pero más que nunca tenía obstáculos que
vencer y peligros que afrontar.

CAPITULO XXVI.

Noticias desconsoladoras.

Aquel mismo día, sin descansar, sin detenerse más que los minutos precisos para cambiar de traje, salió Rafael, disfrazado de obrero.

Su propósito era dirigirse á casa del duque de N., con la esperanza de que el administrador ó el mayordomo le dieran alguna noticia.

Al mismo tiempo salió Alfonso para ver si tenía más suerte que su madre, y conseguía ver á los presos.

En pocos minutos llegó Rafael á casa del duque.

Y tan bien disfrazado iba, que no tuvo poco que hacer para que le permitiera pasar.

El administrador tuvo conocimiento del proyectado viaje de don Felipe, Rosario y el señor Clemente.

Supo también que fueron presos en la estación.

Después no había vuelto á saber nada.

Y creía que continuaban presos.

Y era que don Felipe, Rosario y la señora Catalina, en su afán por salir de Madrid, precipitaron, como sabemos, su viaje, y no se cuidaron de despedirse del administrador.

Rafael no consiguió, pues, por el momento más que noticias desconsoladoras.

Se trasladó á casa de la señora Catalina.

El mismo negativo resultado.

Nadie le dió razón de ella.

Y era que por su genio arisco no se trataba con nadie.

Rafael consiguió solo averiguar que no estaba en Madrid; pero que no había despedido la casa. ¿Estaría presa también?

Esto parecía lo más probable.

Con la ira en el pecho y la desesperación en el alma, veía Rafael pasar las horas, sin saber qué resolución adoptar, qué camino seguir.

Era preciso que celebrara una entrevista con don Bonifacio.

Pero, según lo convenido, en esta entrevista debía acompañarle Alfonso.

Con esto Rafael volvió á casa del señor Clemente.

- Su amigo Alfonso acababa de llegar.
- ¡Qué hay!—preguntó ansiosamente Rafael.
- ¡Que has averiguado tú?—contestó Alfonso.
- Nada. La señora Catalina no está en Madrid, y el administrador del duque no tiene la menor noticia de los presos.
- Mis noticias son también poco lisonjeras.
- Acaba.
- En el Saladero aseguran que mi padre ha salido, no saben para donde, y que don Felipe está en libertad.
- ¡Imposible!
- En el Modelo dicen lo mismo de Rosario.
- ¿Y qué deduces de todo eso?
- No me atrevo á decirlo.
- Pues lo diré yo.
- Veamos.
- Que es valor convenido, que no quieren dar noticias de los presos.
- Y que tal vez hayan sido deportados.
- Es posible, en cuanto á tu padre y á don Felipe. Rosario estará en poder de nuestro enemigo.
- ¿Qué podemos hacer para convencernos?
- No perder un minuto.
- ¿Te decides?
- A ir á ver á mi tío, sí. Tú me acompañarás.
- Estoy á tus órdenes; pero te recomiendo,

amigo mío, que no cometas ninguna imprudencia, que, sin salvar á Rosario, empeore tu situación.

—Procuraré contenerme. Vamos.

Juntos los dos amigos, salieron á la calle, dirigiéndose á la de la Libertad.

Por el camino convinieron en que Alfonso esperaría en la antesala de casa de don Bonifacio, pues era conveniente que el tío y el sobrino hablaran á solas.

Alfonso vigilaría, si por acaso el tío por medio de algún criado quería enviar aviso á las autoridades para sorprender al joven.

Apretando el paso, los dos amigos llegaron en pocos minutos á casa de don Bonifacio.

Las primeras noticias que en Madrid adquirieron no podían ser más desconsoladoras. Posible era que su visita á don Bonifacio sirviera sólo para hacer más comprometida la situación de Rafael.

CAPÍTULO XXVII.

Tío y sobrino.

Nuestros jóvenes, como llevamos dicho, iban disfrazados de obreros.

Y al preguntar por don Bonifacio, el sirviente que abrió la puerta, y que, nuevo en la casa, no conocía á Rafael, un tanto sorprendido de aquel atrevimiento, que por atrevimiento reputaba que dos obreros pretendieran ver á su señor, contestó con cierta grosería:

—¿Qué quieren ustedes?

—Ver á don Bonifacio,—contestó Rafael con soberbia.

—¡Habrás gentuza más insolente!—exclamó el criado.

Bueno será advertir que cuando impera, como entonces, la aristocracia, hay algo peor

que la aristocracia misma, y es el lacayo del aristócrata.

Rafael, que, como sabemos, era hombre de carácter arrebatado y poco sufrido, asió al criado por la solapa, y le dijo:

—Mira, imbécil, échate á un lado, si no quieres que te aparte yo á puntapiés.

El criado comenzó á gritar.

Doña Segunda, el ama de gobierno de la casa, acudió presurosa.

Y reconociendo á Rafael, más por la voz que por el rostro, exclamó asustada:

—¡Usted aquí! Pero este chico tiene los demonios en el cuerpo.

—Yo soy,—dijo Rafael,—Nada de aspavientos ni de gritos, porque vengo resuelto á todo. ¿Dónde está mi tío?

—En su gabinete. Pero, por Dios, que está muy malo, no le acabe usted de matar.

Rafael, sin hacer caso de esta observación, dijo á su amigo Alfonso:

—Espera aquí, y ya sabes lo que has de hacer.

—Descúida.

Alfonso tomó asiento en un banco de madera tallada que había en el recibidor, y Rafael se dirigió al aposento de su tío.

Estaba don Bonifacio en un gabinete amueblado con cierta coquetería.

Tenía aún la cabeza vendada, y su rostro aparecía muy pálido.

Como en aquellos días no había podido tenerse las patillas, éstas mostraban sus canas, y don Bonifacio parecía veinte años más viejo que de costumbre.

Mucho tenía que esforzarse Rafael para contener los arrebatos de su ira en presencia de aquel hombre.

Y aquel hombre era el hermano de su padre, y su mayor enemigo al mismo tiempo.

El joven tenía que luchar entre los impulsos que sentía de estrangularle y el temor de cometer un crimen que se hubiera tomado por parricidio.

Don Bonifacio al ver al joven se estremeció violentamente.

Su rostro adquirió una lividez cadavérica.

No se hubiera aterrado más si se hubiera visto en presencia de una serpiente, dispuesta á arrojarse sobre él, rodeándole con sus anillos.

Rafael cerró la puerta y dió un paso hacia su tío que, inmóvil en una butaca, no trataba de disimular su terror.

Y el joven cruzó los brazos sobre el pecho, fijó en su enemigo una mirada amenazadora y dijo:

—Ya estoy aquí. Era forzoso que nos encon-

tráramos frente á frente, y ha llegado el momento.

Don Bonifacio procuró serenarse, y contestó con voz balbuciente:

—Rafael, estás loco... Te rodean muchos peligros, huye, aléjate de Madrid... Yo te protegeré.

—No vengo á implorar protección. Vengo á pedirle cuentas de su infame conducta. ¿Qué ha hecho usted de Rosario?

—Nada sé de ella... Está en libertad.

—¡Mentira!

—¡Ah! Luego tú no sabes tampoco...

Y don Bonifacio, á quien desesperaba la idea de creer que ya los dos amantes estarían reunidos, sintió un impulso de alegría.

Y sus perversos instintos le inspiraron el medio de torturar nuevamente el corazón de su rival.

Desde luego se propuso ocultar lo que sabía, para no dar este consuelo á su sobrino.

—¡Pronto!—gritó Rafael con voz imperativa y ademán enérgico.—¿Dónde está Rosario?

—Lo ignoro, puedes creerme.. La historia es esta. Confieso que me sentí impresionado por esa muchacha, y no respeté tus relaciones con ella, porque supuse que no podían tener otro carácter que un mero pasatiempo.

—Ya sabe usted que no.

—Cuando me convencí quise demostrarte que esa chiquilla no era digna de llevar nuestro apellido.

—Silencio, vive Dios, ó no respondo de mí.

—Oyeme con calma que te interesa.

Rafael hizo un movimiento de impaciencia; pero formó el propósito de dominarse para oír á aquel hombre.

Tal vez de sus palabras dedujera lo que había sido de Rosario, que era lo principal.

Don Bonifacio prosiguió:

—Tú hiciste tantas locuras y te colocaste conmigo en una actitud, que tenia miedo de verte. De ahí mi aparente desvío. Fué culpa tuya.

—Está muy bien, adelante.

—Seguí por algún tiempo la pista á la muchacha, no ya por vano capricho, sino para adquirir pruebas de su conducta, harto libre, y dártela á conocer.

Rafael apretaba los puños hasta ensangrenarse con sus uñas las palmas de las manos.

Tanta era la fuerza que hacía para dominarse.

—Llegó á tus oídos,—continuó don Bonifacio,—que tu amada entró en un convento.

—Sí.

—Pero ignoras por qué y para qué.

—¿Y usted lo sabe?

—Para ocultar su mancilla.

Rafael dejó escapar una imprecación terrible. Aquello era demasiado.

—Escucha hasta el final,—prosignió su tío.

—Rosario tiene una hija, una niña que recogió su protector fingido, un sacerdote.

—¡Don Felipe!

—El sabrá quién es el padre de la criatura.

Y don Bonifacio, al decir esto, desplegó una sonrisa de demonio.

Rafael estaba indignado.

Pero las frases insidiosas, la repugnante calumnia no hizo el efecto que don Bonifacio se proponía.

El joven sabía á qué atenerse en este punto.

Le indignaba el cinismo, la infamia de aquel hombre.

Y ni por un momento puso en duda la virtud, la pureza, el amor de Rosario.

—Daría mi sangre toda,—exclamó Rafael,—porque no fuera usted hermano de mi padre. Entonces, por calumniador le arrancaría la lengua para cruzarle con ella el rostro.

—¡Ah! ¿No me crees? ¿No sabes que don Felipe recogió la niña y el escándalo le costó perder el destino?

—Conozco la verdad de esa historia.

—Pues yo no sé más que lo que te he dicho. Después no he vuelto á ocuparme ni del cura, ni de esa chicuela. Ya ves... Estoy herido, y hace mucho tiempo que no salgo de casa. Adquirí el convencimiento de que esa mujer no era digna de tí, y esperaba que volvieras de la emigración para probártelo.

—Lo que necesita usted probar es que la prisión de esa niña no obedece á sus gestiones.

—Nada sé de eso.

—Pues bien; si no quiere usted que olvide todas las consideraciones y llegue hasta lo último, es preciso que interponga usted su influencia para que sin pérdida de momento quede en libertad. Esto hará usted, y por si intenta alguna traición contra mí, debo advertirle que tengo bien guardadas las espaldas... Vamos claros y basta de hipocresías. Hé aquí cuál ha sido su conducta.

Y Rafael comenzó el relato de todas las infamias de que había sido víctima, exponiendo sus justos resentimientos y echando en cara á su tío sus deslealtades.

Don Bonifacio le escuchó sin pestañear, y luego dijo:

—Todo eso te han hecho creer... Pues bien, sobrino, estás ciego y estás loco.

—No discutamos. Estoy dispuesto á perdonar; pero es preciso, ¿lo entiende usted? es preciso que me entregue á Rosario.

—Vuelvo á decirte que nada sé de ella.

Largo rato insistieron, Rafael en sus exigencias, su tío en sus negativas, hasta que comprendió éste por el aspecto del joven que podía pasar á vías de hecho, y tocó un timbre que tenía al alcance de su mano.

—No pida usted socorro, miserable,—dijo Rafael.—He cerrado la puerta con pestillo, y si alguien se atreve á derribarla, juro que le levantaré la tapa de los sesos.

Y la mano de Rafael apareció armada con un revólver.

—Hé aquí mi última proposición,—añadió.—Yo le cedo la mitad de mis bienes y renunciaré á pedirle cuentas de su administración, si me entrega á su víctima. De otro modo no sé hasta dónde podré llegar.

Don Bonifacio calculó que esto nada significaba.

¿Por qué contentarse con una mitad, cuando tenía á su disposición el todo?

A este tiempo se oyeron golpes repetidos en la puerta.

Rafael tomó una actitud hostil y amenazadora.

CAPÍTULO XXVIII.

La última caída.

Se oyó la voz de Alfonso.

El joven y leal amigo de Rafael comprendió que la situación era muy comprometida, y que podía terminar por una verdadera catástrofe.

Si Rafael, en su carácter arrebatado, atentaba contra su tío, su perdición era segura.

Y Alfonso se estremeció al pensar que su amigo pudiera terminar su vida en un cadalso.

Por otra parte, doña Segunda y los criados estaban pendientes de aquella conferencia entre tío y sobrino.

La disputa que estos sostenían atronaba la casa.

Alfonso no podría contener á los criados si

se empeñaban en salir, como era probable, en demanda de auxilio.

Todo esto complicaba la situación.

Rafael podía ser cogido allí como en una ratonera.

Al sonar el timbre los criados acudieron, y al encontrar la puerta del gabinete cerrada, se disponían á pedir socorro por el balcón.

A duras penas consiguió contenerlos Alfonso, diciéndoles que la puerta se abriría en cuanto él llamara á su amigo.

Y la puerta se abrió, y apareció Rafael, revólver en mano.

Don Bonifacio, al ver que le llegaba auxilio, exclamó, dejándose llevar de su odio:

—Llamad á los guardias; impedid que huya. Ha querido asesinarme.

—Al que se mueva, lo abraso,—dijo Rafael con energía apuntando al grupo.

Todos quedaron inmóviles.

Don Bonifacio, como si de repente hubiera cambiado de propósito, gritó:

—Dejadle, dejadle marchar, que no se le haga daño... Al fin es mi sobrino.

Alfonso cogió de un brazo á Rafael.

—Vamos,—dijo,—vamos pronto.

Y casi á viva fuerza le fué empujando hácia la salida.

Nadie les cerró el paso.

Rafael, desesperado y medio loco, se dejaba conducir.

Ya en la escalera, dijo Alfonso:

—No has conseguido nada. Era de esperar. Este paso ha sido una locura, que puede costarnos muy cara.

Y así debía ser.

Tan pronto como los jóvenes salieron de la habitación, el miserable viejo dió esta orden á uno de sus criados:

—Síguele, y cuando encuentres una pareja de guardias, toma mi nombre, y que le prendan bajo mi responsabilidad.

En esta contingencia, tan difícil de evitar como fácil de prever, no habían pensado los jóvenes.

Cogidos del brazo se dirigieron hacia la calle del Barquillo, con intención de entrar en el Modelo, para adquirir noticias de Rosario, aunque fuera por el soborno.

Rafael iba relatando á su amigo los detalles de la conferencia que acababa de celebrar.

Y en su abstracción no observaron que un hombre los seguía.

Aquel hombre se acercó á la pareja de guardias que estaba cerca del despacho de billetes del antiguo teatro del Circo.

Y cuando ya los jóvenes iban á salir de la plaza del Rey, se sintió Rafael sujeto por los guardias, que cayeron sobre él, sable en mano.

Era imposible la resistencia.

A pocos pasos había una parada de coches.

Los guardias hicieron subir á Rafael á uno de ellos.

No había salvación.

Rafael había caído, y esta vez le sería muy difícil levantarse.

Los guardias prescindieron de Alfonso.

Y los dos amigos, al separarse, cruzaron una expresiva mirada.

CAPÍTULO XXIX.

Separados.

Rosario permanecía en París.

El duque y don Felipe, que no se habían conocido hasta entonces, simpatizaron íntimamente.

Y se pusieron de acuerdo para convencer á Rosario de que esperara allí los acontecimientos.

En París, al lado del duque, no corría el menor peligro.

Y el duque pondría en juego todas sus influencias para conseguir noticias de Rafael.

Con el mismo objeto regresarían á España don Felipe y la señora Catalina.

Todo sería inútil.

Rafael no podía escapar.

No fué conducido á la cárcel, sino al Gobierno civil.

No fué entregado al juez, sino que entendió en el asunto la autoridad gubernativa.

Y no fué devuelto al presidio.

Se juzgó más segura la deportación á Fernando Póo ó á las Marianas.

Y al día siguiente de su prisión, casi sin alimento, sin más ropa que la puesta, sin permitirle comunicar con nadie ni hacer ningún preparativo, entre guardias civiles, atado codo con codo, partió para Cádiz.

Y el mismo día de su llegada fué embarcado en una goleta, que cuando tuvo completo su cargamento de carne humana, se hizo á la mar.

Así, por un sarcasmo de la suerte, Rafael y Rosario, que hubieran podido encontrarse y ser dichosos, más y más se alejaban.

CAPÍTULO XXX.

Juramento de muerte.

Todas estas arbitrariedades, todos estos abusos de la autoridad, aunque nada decía la prensa, no pasaban desapercibidos para el pueblo.

De día en día iban desapareciendo muchos hombres afiliados á los partidos liberales.

¡Trabajo inútil! Por cada uno que desaparecía brotaban ciento.

Y el odio era cada vez más profundo.

El pueblo no dormía, esperaba.

Tenía fe en la justicia de su causa, y en que había de llegar la hora de la reparación.

Alfonso, que estaba desesperado, reunió en su casa, de tres en tres, á los amigos de su padre, de quien nada se sabía.

Allí les dió cuenta de lo ocurrido en Llinás de Marcuello, que á todos tenía sorprendidos y confusos, y añadió que la revolución debía tener por divisa la célebre frase de la guerra de la Independencia, oponiendo un—No importa—á cada descalabro. Era preciso organizarse y juramentarse.

Y así lo hicieron.

Y era preciso también el día del triunfo no tener compasión.

Y aquel centenar de ciudadanos juró la muerte de la tiranía, y de todos los tiranos, desde el polizonte hasta el ministro, y más alto aún.

Graves acontecimientos se preparaban. La muerte de O'Donnell, poco después la de Narvaez, las nuevas osadías de González Bravo, todo ello, debía preparar la catástrofe, y será estudiado por nosotros en *La Mina de fuego*, mientras seguimos las aventuras y desventuras de nuestros personajes. La lucha, como vemos, era cada vez más sorda y más violenta. Ya el pueblo, para derrocar la tiranía, se aprestaba á la lucha, lanzando un *juramento de muerte*.

FIN.





Biblioteca Regional
de Madrid Joaquín Leguina



1376077

